

NUESTRO FOLKLORE



JOSÉ ANTONIO
ALONSO
ETNÓLOGO

De regreso

■ Hay un territorio entrañable, lleno de afectos, de recuerdos, de paisajes, de aromas y de colores al que uno también pertenece

En el 2007 publicamos “El país de los líquenes azules”*, pero la canción que daba título al C.D., había nacido algún año antes, no recuerdo con exactitud. En aquel tema yo hablaba de mis orígenes, de mi infancia, claro, de ese territorio afectivo y también de todo lo que formaba parte de él: de la tierra, del paisaje, de los robles, de las paredes de pizarra cubiertas de líquenes en los huertos y las “arrens” que, los abuelos y los abuelos de los abuelos, habían levantado piedra sobre piedra, sin más argamasa que el sudor y la ilusión del trabajo bien hecho, que ya era bastante.

Esa forma de construir se llama ahora de “piedra seca”, ha sido declarado “Patrimonio de la Humanidad” y, en nuestra sierra, se alterna en los vallados con las “hincaderas” o lajas verticales, medio cubiertas por la tierra, una forma de cerrar la propiedad muy característica, que ha ido configurando con personalidad el paisaje. Esos cercados se han ido desmoronando y, a veces, solo quedan ya algunas lajas de piedra, que resisten el paso del tiempo y de los elementos y mantienen su verticalidad con orgullo, medio ocultas entre la maleza y los jarales. A medida que nos alejamos de los cascados urbanos, los cerrados de los prados y los pedazos se muestran más abandonados, como si no cumplieran ya las funciones para las que fueron levantados. El escaso ganado anda libre por estos pagos y apenas se siembra cereal en los territorios baldíos. Así es que uno camina, sin apenas obstáculos, por las suaves lomas y las llanuras verdecidas en esta radiante primavera.

Pienso ahora, mientras camino, en los límites de mi sierra natal, por ese empeño que tenemos las personas -digo yo- en trazar las rayas de nuestros territorios, como si en este mundo global necesitáramos saber dónde empieza y dónde termina lo “nuestro” para enraizarnos y tener certezas, en este tiempo de trasiegos y cambios vertiginosos.

Y claro, obviamente, uno se siente serrano, pero sierras hay muchas, algunas otras, incluso, dentro de la propia provincia de



Cercado de piedras con “hincaderas”. Hiendelaencina.



Primavera en la sierra.



Caminando por la ermita de la Virgen de la Soledad. Robledo.

Guadalajara. Hay serranos en “Sierra Molina”, al sur del Señorío y también en la zona del Alto Tajo, por ejemplo; aunque la sierra más extensa de la provincia, sea la nuestra, la de arriba. Pero ¿Qué sierra?, ¿La de Atienza?, ¿La “Sierra Norte”? ¿Menudo jardín!

Incapaz de poner límites precisos a la sierra con un tiralíneas, buscaré otros parámetros para aclararme: los sentidos, tal vez, los aromas, los colores... Desde siempre, yo empiezo a sentirme en la serranía cuando enfilo las cuestas, pasado Cogolludo; allí me reciben los primeros olores intensos y la tierra cambia de color -de los blancos del yeso a los tonos rojizos de la arcilla-. Bajo la ventanilla del coche y respiro. Sé que empieza la sierra: *Cuando entres en la tierra sagrada, / en la tierra que labraron los*

abuelos... me sorprende cantando, de repente, para mis adentros. Y, sin querer, pienso en los silencios de las calles vacías, en los rostros curtidos de mi gente, que tanto sabían de afectos, de ternura y también de resistencia, porque este terruño siempre ha sido parco en beneficios: demasiado trabajo para tan poco fruto.

Cuando pases por las calles silentes / y te encuentres con la gente del pueblo, dile que añoro sus manos y sus rostros, / dile que pronto volveré con ellos.

En fin, cosas de la vida que, a medida que pasa el tiempo, se van quedando ahí, pegadas a la piel sin remedio, al socaire de la melancolía.

A mí, de chaval, siempre me

gustaron los días de regreso, en Semana Santa, y en el verano. Lo habitual era que el autobús parara en “La venta” y, entonces, había que recorrer andando el kilómetro largo hasta la ermita de la Soledad, que está ya junto al cementerio y las eras, a la entrada del pueblo. La gente solía ir hasta el “chozo” de pizarra para esperar a la familia. En las fechas punteras podía llegar más de un autobús. Si venían muchos paisanos, el autocar pasaba hasta la plaza, pero, normalmente teníamos que atravesar el pueblo, con los bultos, casi de punta a punta; y aquello era un no parar de abrazos y de besos, un pasacalles de afectos, de preguntas y respuestas, de ponerse al día; porque en los pueblos ya se sabe: todo el mundo se conoce, casi todos somos primos, más o menos lejanos.

Era el momento en el que la “tía” María bajaba por la calle, con su luto perpetuo ya, su pañuelo atado en lo alto de la cabeza, sus viejas gafas de pasta y su sonrisa hundida, pero limpia y sincera, y te estampaba tres o cuatro besos, fuertes, sonoros, salidos del corazón. En la sierra, los hombres siempre fueron menos efusivos, más templados en la manifestación de los afectos, pero los familiares también se levantaban del “poyo” de la taberna para saludar a los sobrinos y a los primos, con sus pantalones remendados, sus viejas chaquetas de pana descolorida y su boina calada; en este caso, el beso se reservaba para los familiares, como digo, y para los demás quedaba el apretón de manos o, como mucho, la palmadita en la espalda.

Y era ese el momento del encuentro, del reencuentro y, escuchando a la gente, con su antigua forma de hablar y sus palabros, en el más puro castellano, te dabas cuenta de que habías vuelto a casa y de que estabas en tu tierra, entre los tuyos.

Cuando llegues al país de la ternura, / y la infancia te llame desde dentro, recuerda el uso de las viejas palabras, el entrañable lenguaje de los gestos.

*El país de los líquenes azules. TECNOSAGA, 2007. Ayuntamiento de Guadalajara



PUNTO DE VISTA

PEDRO
VILLAVERDE
EM BID

El doctor Adrados

El sábado, familiares, amigos y compañeros del doctor Ignacio Adrados compartimos una jornada de fiesta en la que se multiplicaron gestos y palabras de cariño y reconocimiento a su persona y a su trabajo como pediatra. Fue su jubilación del Hospital de Guadalajara el motivo del encuentro, aunque para fortuna de la sociedad alcarreña el hombre que tan solo con observar al pequeño ya intuye lo que le sucede seguirá pasando consulta en el Hospital La Antigua. Hay personas que nunca deberían decir adiós al trabajo porque su valía les hace útiles y necesarios, como es el caso, también, de Jesús Campoamor, cuyo nombre ha quedado ligado a una universidad, la UNED al dar nombre a su biblioteca. A los dos les testimoniamos nuestra enhorabuena.

Conocemos a la familia Adrados desde hace bastante tiempo. Su tía, Soledad Adrados, fue una de las fundadoras y alma durante décadas del grupo artístico Antorcha, teatro de ensayo y cámara, por donde pasaron muchos guadalajareños, siendo colaboradora de nuestro periódico, escribiendo de teatro. Su abuelo fue el gran sastre, Ricardo Razola, con establecimiento en Miguel Fluiters. Su hermano Javier jugó en el Depor. Y así podríamos seguir enumerando.

Pero hoy solo queremos poner de manifiesto nuestra admiración, respeto y aprecio hacia una persona sabia, trabajadora, gran profesional, dispuesta siempre a ayudar a los demás, centrada en su trabajo y en los suyos. Compartimos veladas futbolísticas como aficionados madridistas, me cuenta historias del Huertapelayo de los años sesenta en los que tuvo allí una casa alquilada cuando estaba despoblado y vivimos muchos buenos momentos juntos en compañía de su mujer, amiga mía del alma desde el instituto- Yolanda- y su hija Amanda, mi ahijada, a las que adoro. Felicidades Nacho y que sigas siendo feliz con tus hijos Bárbara y Óscar, tu nieto Tono y todos los que te queremos.